

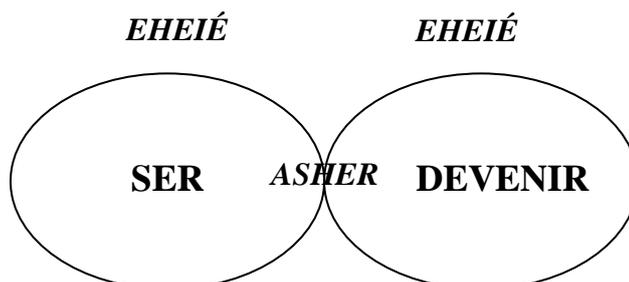
¿Cómo se ven desde la Cábala la psicología y la iluminación?

Desde el punto de vista de la cábala, la psicología en sentido estricto – el mundo de la psique – constituye un mundo intermedio o mediador entre el plano de lo físico (espacio – tiempo – materia) y el plano del espíritu, término que lógicamente habrá que definir de alguna manera.

Decimos en sentido estricto, porque de un modo amplio la psicología puede abarcarlo todo, ya que siempre podemos interpretar el llamado mundo del espíritu (claro que el de la materia también) como un estado de conciencia.

De hecho, muchos de las disquisiciones metafísicas acerca de lo espiritual – como el de la existencia de Dios como ente – quedan relativizadas si consideramos también el plano divino como un estado de conciencia. Ya que si nos preguntamos cuál es el postulado fundamental de la cábala es el de la unidad esencial de todas las cosas. Y un corolario del principio de unidad es el de continuidad. Es decir, el Absoluto o Infinito o Vacío o la Nada, la Deidad manifestada, los mundos superiores, la psique y el mundo material, todo está en continuidad.

Desde el punto de vista de la cábala, la discontinuidad es una apariencia. El mundo parece dual, como una banda de Möbius vista desde lejos, aunque en realidad es una superficie con una sola cara que se puede recorrer completamente sin levantar el lápiz del papel.



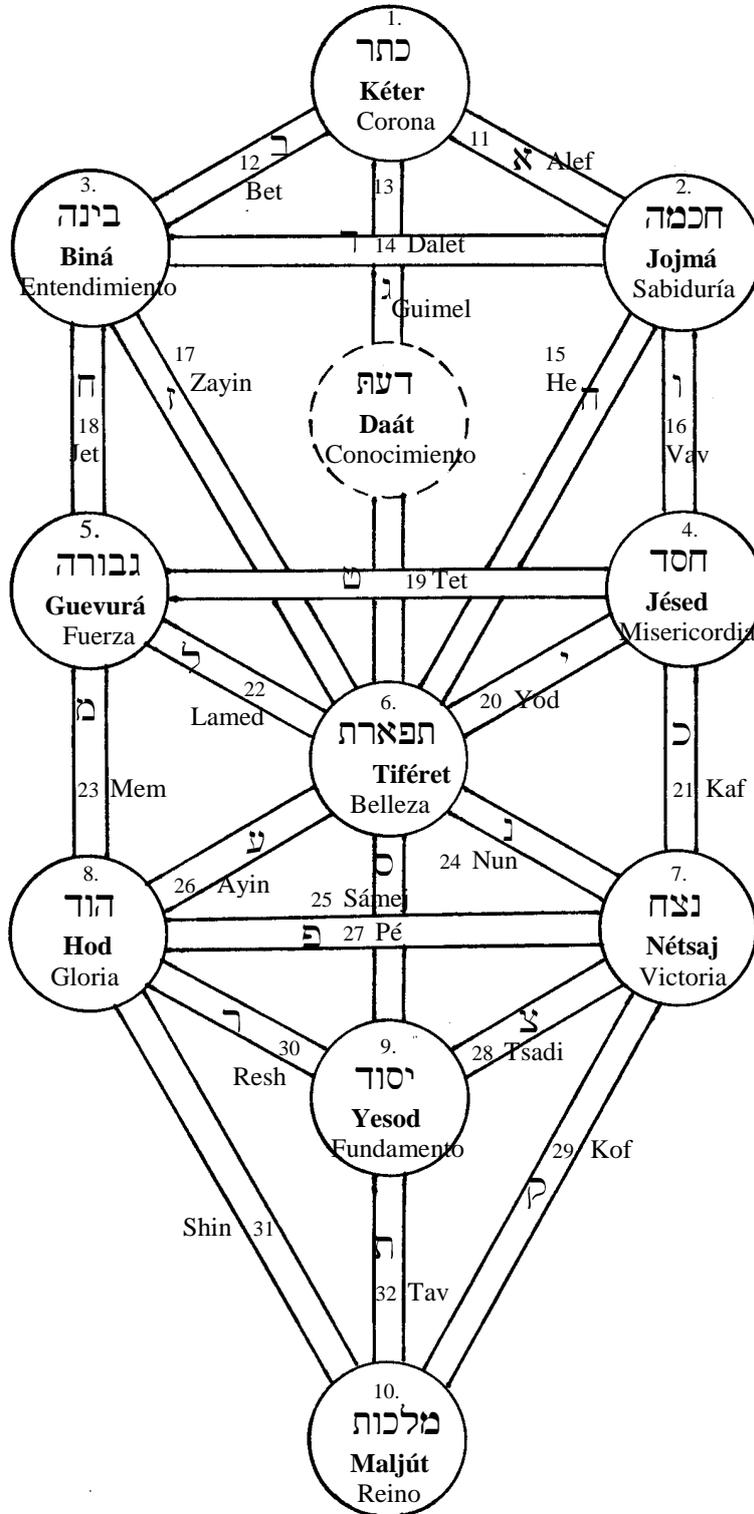
De ahí que el símbolo fundamental de la cábala para representar al conjunto de la manifestación es el de un árbol, el Árbol de la Vida: Una única realidad, un todo orgánico, con sus raíces en el fértil suelo de lo inmanifestado, y mostrando en sus elementos – ramas, hojas, frutos – las distintas configuraciones del ser. Y por ese árbol circula una única savia, que en cábala se llama la Luz Infinita, y que se manifiesta como conciencia, como vida, como bien, como organización o estructura.

Esencialmente el Árbol de la Vida es un mapa del Universo, del ser humano en todas sus dimensiones y del propio Dios. Y todo ello lo englobamos diciendo que el Árbol es un mapa de la Conciencia.

Es decir, tomamos a la conciencia como el principio fundamental. Como en la anécdota de Rabí Hillel a quien un centurión romano había puesto a prueba diciéndole: “Me convertiré al judaísmo si puedes explicarme toda la Torá a la pata coja” y Hillel contestó con la famosa frase: “No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Ese es el todo de la Torá, el resto no es sino comentario. Ahora ve y estudia”. Si alguien nos pidiera que explicáramos toda la cábala con una sola palabra, mi respuesta sería esa: Conciencia.

Vamos a verlo haciendo un rápido recorrido en sentido ascendente por las esferas del Árbol de la Vida:

אין סוף
Infinito



EL ÁRBOL DE LA VIDA CABALÍSTICO
SEFIROT Y TSINOROT

Partimos de Maljut, la décima esfera, que representa la conciencia corporal, sensorial, cerebral. Es el plano de la materia, pero no como la realidad primordial, sino como la circunferencia exterior de la energía, que es también conciencia. En Maljut hablamos de un ego corporal, que es posiblemente el todo de la identidad en una fase evolutiva de la infancia temprana.

En la siguiente esfera, Yesod, tenemos los procesos subyacentes a lo biológico, manifestados como instintos. Es el psicoide, en palabras de Jung, sobre el que se asienta el llamado ego mental o ego a secas. Tenemos un principio mental de autoconciencia que experimentamos en parte como separado o por encima de lo físico.

¿Qué es el ego? Una imagen de uno mismo con el que la conciencia se identifica. Pues un principio fundamental de la conciencia es el de su adherencia a la forma, es decir, se identifica con algún o todo el contenido de esa conciencia.

Hay que ver esta esfera de Yesod como un espejo, como el espejo de la conciencia, de la cual, en este nivel, el ego es su filtro o mecanismo censor. Porque este ego construye una imagen parcial de uno mismo, con el que la conciencia se identifica, rechazando otros aspectos de sí misma.

Se establece así una barrera o cortina y la psique se divide en consciente e inconsciente. A este inconsciente van gran parte de las energías del psicoide, que forman por así decir un personoide, un alter ego, llamado la sombra. Por otra parte, las energías – las partes de uno mismo – con las que se identifica el ego reciben el nombre de la persona, con el significado tradicional de máscara, la máscara que solemos mostrar al mundo exterior.

Las dos esferas siguientes, Hod y Nétsaj, son funcionales. Aportan, por así decir, los materiales con los que se construye y experimenta el psiquismo del individuo.

Son, respectivamente, Hod: la esfera del pensamiento, y Nétsaj: la esfera del sentimiento. O si se quiere, conciencia analítica, lógica, racional y conciencia sintética, emocional, del valor subjetivo de las cosas.

Ambas vierten en Yesod y son experimentadas en parte de una forma consciente y en parte son inconscientes. Contribuyen a la formación de esa imagen de uno mismo que es el ego.

Imagen que si bien ha cristalizado sigue siendo dinámica. La hemos construido a base de interacción con el entorno, introyección materno/paterna, grupos de referencia sociales y por supuesto nuestra propia constitución genética y elaboración mental: lo que creo que soy, lo que siento que soy, lo que me han dicho que soy.

La siguiente esfera es Tiféret y representa un estado de conciencia por encima del ego. Y aquí encima se debe entender como abarcante. El paso de Yesod a Tiféret es el paso de una conciencia restringida a una conciencia expandida.

Porque Tiféret representa la totalidad de uno mismo, lo que Jung llama el arquetipo self. Tiféret es lo que uno es de verdad, su “yo” auténtico, el centro de las propias energías, la autoconciencia emergente cuando se integran en la conciencia los distintos arquetipos, como la sombra, en un proceso que Jung ha definido como la individuación.

El self es el arquetipo del ego, su núcleo energético, de ahí la fuente de la verdadera identidad personal. Es necesario decir que no se renuncia al ego, del mismo modo que la conciencia egoica no anula la conciencia corporal. Sólo se le pone en perspectiva.

Se experimenta Tiféret como un nacimiento a un nuevo estado de conciencia – de ahí la imagen arquetípica del niño – porque Tiféret nos abre la puerta a un mundo nuevo: el mundo del ser puro, el mundo del espíritu. Quizá la representación más

cercana que tengamos de ese plano es compararlo con el mundo de las ideas platónico. Desde Tiféret estoy en conexión con todas las cosas y además estoy en mi centro, estoy centrado. Un centro estable, no como el ego, caracterizado por su volatilidad.

Tiféret es así el primer paso hacia lo que llamamos conciencia iluminada que, como vemos, no es ajena a la psicología de la personalidad, sino su corona natural.

Las dos esferas siguientes, Jésed y Guevurá, son al self lo que Nétsaj y Hod eran al ego: sus palancas funcionales.

Guevurá es Juicio y es Poder. Juicio de ver las cosas como son, sin los filtros de la personalidad egoica, y poder de ser uno mismo y de realización en la vida. Guevurá sabe de disciplina y control, que brota del conocimiento de la ley de limitación. Nada que ver con represión. Desde esta esfera no estoy condicionado por ideas sobre el mundo y puedo estar por encima de mis sentimientos, pero no de una forma neurótica, sino con poder.

Jésed es emocionalidad profunda, en un arco superior respecto de Nétsaj, lo que llamamos en general amor. Es amor que es energía motora, que expande nuestros horizontes, que es devoción a la vida, que abre el propio camino y lo dota de corazón, de energía anímica. Es la esfera del verdadero humanismo, del altruismo, del amor impersonal, sin negar en absoluto la esfera de lo personal, sino dotándola de una dimensión más profunda. No se puede estar en Jésed sin una preocupación genuina por los demás.

Hay personas que están en este nivel de Jésed, Guevurá y Tiféret. Los percibimos como mahatmas, almas grandes. Pero según la cabalá éste es el sentido de la evolución. Pero no es el nivel último de conciencia.

Por encima de Tiféret está lo que llamamos esfera de Dáat, Conocimiento. El nombre se refiere al conocimiento que se destila cuando ha experimentado el todo de algo y lo ha incorporado, por así decir, a su propia sustancia. En este caso es el conocimiento que resulta de la experiencia de la totalidad de uno mismo.

Dáat es el primer paso hacia el self transpersonal. Se alcanza Dáat cuando somos capaces de reunir self y mundo en una unidad de experiencia.

En Dáat se abren las capacidades perceptuales superiores. Hablamos de inspiración, incluso de profecía. Cómo no, si el self está al unísono con la mente universal, los arquetipos del inconsciente colectivo en la terminología jungiana. Y esto no sólo a un nivel estático, sino del proceso del mundo, mundo que incluye al self.

Porque a partir de Dáat se da, por así decir, el colapso de la función de onda en sujeto y objeto, conocedor y conocido, en una unidad transpersonal de conocimiento. Y este estado de conciencia y su iluminación concomitante es lo que en cábala se llama Rúaj haKódesh, Espíritu Santo.

Cruzando Dáat pasamos a otro mundo, llamémosle esencial o divino. Estamos en la polaridad causal. Las dos sefirot siguientes reciben el nombre de Sabiduría y Entendimiento, conciencia pura – o vacío, Ayin en hebreo, la Nada – y contenido de la conciencia – lo lleno, el Yesh en hebreo, el Ser, la Creación – como una pareja de amantes que nunca se separan.

A la conciencia pura, inherente, que subyace a todos los estados de la mente y de la no-mente, llamamos sabiduría. Y a la capacidad de concebir de la conciencia en abstracto, que es la energía de la Creación y la madre del mundo, llamamos entendimiento.

Y el dar a luz de esa pareja yang y yin de fuerzas supramentales se llama Dáat, Conocimiento. Y el proceso de desarrollo de ese Dáat con la división primordial en conciencia subjetiva y conciencia objetiva – Tiféret y Maljut – se llama el Nombre de Dios o Tetragrámaton, es decir, el Nombre de cuatro letras: YHVH, siendo la Yod el

operador de conciencia pura, la He el principio manifestante o creador, la Vav el principio de identidad o conciencia subjetiva y la He el principio de manifestación como conciencia objetiva que llamamos mundo. Y nos fijamos que, en su grafía hebrea, la segunda y la cuarta letra son la misma, y la tercera es una extensión o proyección de la primera una vez pasada por el filtro de la He, como si la conciencia pura se individualizara para sumergirse en la Creación.

En Nombre de Dios es una ecuación, una metafórmula que conlleva su propia solución. Si digo $E = mc^2$, para actualizar esta fórmula necesito una tecnología, una máquina que la procese. El procesamiento de la energía subyacente al Nombre de Dios es toda la Creación, de forma que el Nombre es una ecuación que incluye su propia solución. Nosotros mismos somos parte de esa máquina, de forma que pronunciar con conciencia el Nombre de Dios es poner en marcha, actualizar, el proceso cósmico. De ahí que el propio Nombre, en Cábala, sea un instrumento de conexión y meditación en aras de alcanzar la iluminación y liberación finales.

La gran pregunta es entonces: ¿Quién?, detrás de todo este despliegue.

Como dice el Zohar, ese es el objeto eterno de toda búsqueda. Siempre terminamos en el Qué. No hay un Mi, un quién, distinto de un Mah, un qué, como buscador. Utilizamos este juego de palabras en hebreo porque la “i” de mi y la “a” de qué – nuevamente sujeto y objeto – son las dos primeras letras del nombre de Dios: Yod y He.

Pero incluso la letra Yod, una pequeña coma en el borde superior de la escritura – letra que es llamada origen porque es el principio de todas las letras – tiene un principio en el pequeño trazo de su ápice superior. Un principio que dimana de lo absoluto.

Representa a Kéter, la primera esfera del Árbol, llamada Corona, y que es el estado último de la conciencia y de la realidad, la identidad de forma y vacío en lenguaje budista, la liberación final.

Kéter es el self supracósmico e impersonal. Sin embargo, el self detrás de todo self, incluido el de todo el universo, el sujeto detrás de todo sujeto, el círculo cuya circunferencia está en todas partes y cuyo centro no está en ninguna, Eheieh Asher Eheieh, Yo Soy quien Yo Soy, el Ser en total continuidad, diríamos identidad, con la Nada, en el que todas las polaridades se integran en un estado de unidad superabundante.

Es la Corona de la conciencia, pero el Rey, el destinado a llevar la Corona es Tiféret, la conciencia iluminada, y su Reino es Maljut, nuestro plano, nuestro mundo, llamado el Reino de Dios cuando la materia se hace completamente transparente a la luz de la conciencia en vez de apantallarla.